

## EL DON DE LA SENSIBILIDAD- 17-07-06

Desde su última exposición en Ansorena, en junio de 2003, M<sup>a</sup> José Solís ha tenido una interesantísima evolución artística, confirmando antiguas intuiciones y asumiendo nuevas exigencias. La pintora sevillana que desde hace años habita en Madrid, siempre ha convivido, desde la niñez perdida en la memoria, con su vocación por la pintura. Fueron hitos de sus comienzos, las lecciones recibidas en el estudio de Maireles, el descubrimiento de la pintura intimista de Vuillard y Bonnard y, posteriormente, de la escuela de Londres, y su primera exposición individual, en Sevilla, a la edad de 25 años. Tras dejar la carrera de Derecho que había comenzado, estudió Bellas Artes en las Facultades de Sevilla y Madrid, aunque, artísticamente, es más libre, si se quiere, que académica. Ha sido, por tanto, su propio devenir vital, que le ha llevado a residir en tres continentes, sus inagotables visitas a los museos, sus contactos con otros pintores y, sobre todo, la necesidad interior de expresarse pictóricamente, lo que le ha impulsado a ser verdaderamente artista y una excelente pintora.

Dotada de inmensa facilidad creativa y de magnífica técnica, adquirida gracias a un incesante espíritu experimental y un altísimo nivel de autoexigencia, su personalidad, aparentemente extrovertida, es de un gran hermetismo, como para proteger el riquísimo mundo interior de sueños y libertades, que aflora en su pintura. En esta exposición M<sup>a</sup> José Solís ha dejado el tema, que tan bien domina, del paisaje, y se ha adentrado en el inagotable universo de los bodegones, y también en los retratos de niños dormidos. En ambos géneros, la naturaleza descansa sosegada y emociona al espectador, no por lo que en ella sucede, sino por sí misma, por ser y estar esencialmente. El fenómeno que se representa es descrito, con extraordinario acierto, por la expresión inglesa *still life*, de origen holandés, mucho más adecuada que la francesa de *naturaleza muerta*. El ciclo vital, en efecto, no ha terminado, sino que, por un instante, el que mágicamente capta el artista y luego observa el espectador, queda suspendido en el tiempo y en el espacio, de forma que nos permite viajar al interior de la obra para descubrir el secreto de la vida que representa. El mismo término de *bodegón*, acuñado por Covarrubias, en 1611, en el primer Diccionario de la Lengua Castellana, alude a la bodega, a ese lugar donde se guardan los alimentos que deseamos conservar para evitar su corrupción. Así, los bienes perecederos prolongan su existencia, al abrigo de la luz y del calor, en una bodega o en un bodegón.

En la obra expuesta, la artista, cada vez más lejos de su barroquismo inicial, discurre por grandes espacios, aparentemente vacíos, pero llenos de una indefinible atmósfera que realza los objetos pintados, los cardos y las flores, y los preciosos retratos. Es interesante observar cómo, aunque permanece fiel al estilo figurativo, la última pintura de M<sup>a</sup> José Solís se adentra en un territorio de planos luminosos, llenos de matices apenas visibles, con indudables resonancias abstractas. Así emerge, desde la callada libertad y los sueños ocultos de su mundo interior, gracias a la firme voluntad que impulsa su vocación artística y a ese maravilloso don de la sensibilidad que le caracteriza, una interesantísima exposición que nos conmueve por su serena y misteriosa belleza.

Gregorio Marañón y Bertrán de Lis, de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando.